

Reproducido en www.relats.org

TRABAJO PRODUCTIVO Y EDUCACION SECUNDARIA

Pedro Daniel Weinberg

Profesor, Escuela de Humanidades, UNSAM

Publicado en Le Monde Diplomatique, Octubre, 2017

En los últimos meses se ha abierto un amplio debate en torno a la propuesta de la promoción de pasantías para los alumnos de los últimos años de la escuela secundaria en la ciudad de Buenos Aires; la intención es ofrecerles a los jóvenes una primera experiencia laboral.

Hasta el presente, han participado de ese debate quienes componen la comunidad educativa; esto es, autoridades, docentes, directivos, organizaciones gremiales del sector, estudiantes, padres y madres, académicos e investigadores de la educación.

El punto de vista aquí expuesto procura complementar esos análisis; de ninguna manera son consideraciones excluyentes o buscan confrontar con ellos; tampoco aspiran a tomar partido sobre esos planteos.

A nuestro criterio, uno de los problemas que adolece el debate sobre la educación – políticas, reformas- es que habitualmente se reduce a un número limitado y cerrado de actores, como si esas discusiones solo fueran tema de exclusiva incumbencia de escuelas, docentes y las organizaciones que los representan, directivos, familias, investigadores del tema; en las actuales circunstancias, esta situación parecería que se está reiterando. Por ello, de lo que se tratará en estas cuartillas es abordar el tema

desde otra perspectiva: qué lugar debería ocupar el trabajo productivo en el marco de una reforma de la educación secundaria, poniendo especial énfasis en el papel que le corresponde a otros actores sociales, además de los ya nombrados.

En primer lugar debe admitirse que no se han registrado hasta el momento mayores pronunciamientos de aquellos que forman la otra parte del binomio; esto es, los voceros del sector productivo; empresarios, trabajadores, unidades productivas públicas, privadas, asociativas, etc.; en última instancia será este sector productivo quien deberá acoger a los pasantes sujetos de esta reforma.

Resulta evidente que el tema no se circunscribe, exclusivamente, a atender los objetivos a los que aspira alcanzar la comunidad educativa; a mi criterio, sería conveniente conocer también la opinión de quienes, eventualmente, estarán dispuestos a abrir las puertas de sus empresas agropecuarias, manufactureras, industriales, transporte y de servicios.

Y este no resulta ser un detalle menor; saber si están dispuestos o no a verse incluidos en esta iniciativa; cuántas unidades productivas estarían en posición de hacerlo; cuántas vacantes podrían abrir a esta convocatoria; por cuánto tiempo. Porque no se está hablando de números menores y en plazos acotados: son decenas de miles de alumnos los que deberán transitar por estos andariveles de aquí en más.

En segundo lugar, cabe reiterar que la experiencia histórica del país no es del todo auspiciosa en materia de pasantías, alternancia u otras fórmulas que se ensayaron en el pasado para promover un mayor acercamiento entre la escuela y las empresas. Hace varias décadas la experiencia del sistema dual alemán no prosperó por muchas y diversas razones que no es del caso examinar ahora; el resultado es que fracasaron todas las experiencias que se llevaron a cabo desde las escuelas técnicas que lo implementaron, a lo largo y ancho de toda la geografía nacional, desde el viejo Consejo Nacional de Educación Técnica. Más recientemente, comprobamos que la puesta en marcha de la modalidad de las “prácticas profesionalizantes” en las escuelas técnicas y agrotécnicas siguen un proceso de concreción mucho más lento de lo que las autoridades anhelan.

En este sentido, queda claro que se está aludiendo solo a un segmento parcial de las escuelas secundarias: las escuelas técnicas. Una de las razones radica, tal vez, en que el sector educativo no logra motivar de manera suficiente al sector productivo para participar de esta iniciativa; en parte como resultado de un distanciamiento con el mismo.

Por lo tanto, hasta el día de hoy se sigue registrando en las escuelas la preocupación por el desinterés o la poca predisposición que la mayoría de los empresarios han demostrado (no considero oportuno juzgar en este tramo si ello es legítimo o no). Este distanciamiento entre el mundo del trabajo y la producción, y el mundo de la escuela al que acaba de aludirse, sigue constituyéndose en un tema pendiente de la agenda educativa que merece un amplio debate.

En definitiva, si en aquellas ramas de la educación secundaria más cercanas a la preparación para el trabajo no se han logrado generar puentes fluidos y permanentes en cuanto a la inserción de jóvenes en el mundo productivo, debe reconocerse que es preciso generar espacios de debate en torno a la viabilidad de abordar esta apuesta en una escala de estas dimensiones; a la luz de las limitaciones encontradas hasta el presente la cuestión se centraría, entonces, en analizar si resulta posible concretar una generalización tan ambiciosa como la que está siendo propuesta en la actualidad.

Por otro lado, hace ya varias décadas, el Banco Mundial lanzó una iniciativa audaz y novedosa, que buscaba introducir el modelo de la “educación media diversificada”, o como se la denominó en Brasil, la “enseñanza media profesionalizante”. Al igual que en el caso que se está analizando, se buscaba que la educación secundaria incorporase elementos profesionalizantes que favoreciesen la empleabilidad de los jóvenes. El proyecto era ambicioso; se trató de implantarlo en todos los países de la región. La iniciativa no se circunscribió a nuestro país; prácticamente todos los países de la región americana ensayaron la adopción de un proyecto que, según quienes lo impulsaban, transformaría radicalmente la organización, gestión y estrategia pedagógica de la educación secundaria. El éxito tampoco coronó las expectativas depositadas: los esfuerzos y millonarios recursos volcados a esta transformación no se cristalizaron en los logros anhelados; quienes lo impulsaron desde la cooperación

internacional y las autoridades educativas locales respectivas debieron asumir el fracaso de este intento de modernización de la oferta educativa secundaria.

Cabría agregar que como en tantas otras reformas del sector social impulsadas por organismos de financiamiento no ocurrió lo mismo para las propias agencias: los ciudadanos de los países involucrados pagaron puntualmente los créditos asumidos como deuda externa para financiar esta frustrada aventura.

En tercer lugar, crear las condiciones que hagan posible esta masiva movilización de alumnos para desempeñarse en períodos acotados en las empresas puede resultar mucho más difícil de lo que los educadores puedan concebir desde las instituciones educativas o los ámbitos de la investigación. Cabe aquí un espacio para formular algunas preguntas marginales, apenas

(a) ¿están preparados los docentes, directivos y supervisores para acompañar a los alumnos en un ámbito organizacional que les es totalmente ajeno a sus conocimientos y sus rutinas habituales del aula y el establecimiento escolar? Esto es, ¿conocen o entienden a cabalidad a las empresas, con sus lógicas productivas y su organización del trabajo y la producción? O dicho en otras palabras: ¿tiene el sistema educativo del nivel secundario el número suficiente de personal competente para llevar a cabo esta tarea?

(b) ¿se ha considerado el riesgo, siquiera analíticamente, de la eventual banalización de esta iniciativa? Expresado en otros términos: cómo se garantiza que la postulación de una política que propicia la experiencia laboral inicial de jóvenes no quede trunca, y se convierta en una rutina, en una asignatura más, en el cumplimiento de una mera carga horaria adicional. Este eventual riesgo puede ser anticipado en la medida que los alumnos no fueron preparados para asumir este tipo de responsabilidades. Porque debe admitirse que el ambiente y los valores que imperan en el mundo productivo no son parte del bagaje formativo que históricamente brindó la escuela secundaria en el país; de ahí que no resulte sencillo prever que se pueda conducir una experiencia productiva inicial –real, no construida ni artificial- sin una mínima preparación; por lo tanto, se corre el peligro que esta iniciativa se reduzca a lograr que los jóvenes

estudiantes se limiten a asistir a una empresa un determinado número de horas y sin que ello se traduzca en una efectiva primera experiencia laboral productiva.

Finalmente, cabría agregar que una propuesta que se comprometa a mejorar las condiciones de inserción laboral de jóvenes de escuelas secundarias, o a generar espacios para dar cabida a una primera experiencia laboral, debería tomar en consideración aspectos culturales no tangibles que la escuela secundaria no ha contemplado hasta el momento. El sector productivo no va a reclamar, en esta etapa inicial, que los alumnos/pasantes lleguen con competencias específicas para el desempeño de determinadas ocupaciones; pero lo que sí esperan es que esos alumnos/pasantes posean valores y actitudes que son básicos en cualquier trabajador.

Estoy hablando de un **ethos** que no se adquiere con el solo agregado de unos módulos complementarios a los contenidos curriculares actuales. De lo que se trata es de algo más ambicioso e inmaterial: proveer sistemas de valores y de pautas de trabajo, así como de anticipar en los alumnos los ambientes productivos donde trabajarán.

Estos atributos que deberían adquirir los alumnos van mucho más allá de la acumulación de saberes académicos, manejo de herramientas, dominio de máquinas, y desempeño de habilidades y destrezas; de lo que se trata es de inculcar valores y actitudes que habiliten a los jóvenes para desempeñarse en el mundo productivo, habida cuenta de los objetivos de esta reforma; sin olvidar, además, que el acceso a un trabajo decente constituye un derecho.

Una iniciativa de esta envergadura no puede ser concebida solo y exclusivamente partiendo de las mejores intenciones y la buena voluntad de las autoridades educativas del momento. Es preciso invitar al diálogo y atribuirles el protagonismo que se merecen a los actores sociales sobre cuyas espaldas recae la producción, la distribución, la comercialización, el financiamiento, la logística: o sea, los trabajadores y los empresarios a través de sus organizaciones. Se trata de involucrarlos en todo el proceso: desde la etapa de diseño, formulación y desarrollo hasta la implementación y evaluación.

Y cuando se habla de diálogo y participación se está refiriendo a la adopción de fórmulas institucionalizadas que den lugar al análisis y discusión de las propuestas y expectativas de las organizaciones de esos actores que son las representaciones orgánicas de las cámaras empresariales y los sindicatos de trabajadores, así como de quienes están empleados en empresas públicas, empresas del sector social de la economía, y emprendimientos productivos representativos y legítimos de la economía nacional.